

## Artículo de resección

**Cabrera, Fernando. *Para matar a un ladrón de libros*. 1ª ed.-Santa Cruz: el autor, 2010, (100 pp.) ISBN 978-987-05-9165-8**

**Judith de los Ángeles Moreno**

Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca

[yuyted@hotmail.com](mailto:yuyted@hotmail.com)

### Adentrándonos

Entre los pliegues y repliegues de la escritura literaria en Catamarca, aparece una voz, o mejor, se filtra una voz como la de Fernando Cabrera (nacido en 1979) para desocultar, desde la ficción la parte oculta de los años oscuros de la historia reciente<sup>1</sup>. Lo curioso es la apelación a la narrativa detectivesca y no al género testimonial para “tocar lo real”, como sostiene Kamenszain (*apud* Llurba, 2010:261), más allá del realismo. ¿Por qué curioso? Porque la emergencia de textos producidos durante la última dictadura militar en la Argentina hacía necesarios el enmascaramiento y los procedimientos narrativos puestos en juego en formatos como: la novela policial, la novela negra o el teatro, a favor de una representación más elíptica. Sin embargo la obra que nos ocupa se publica en 2010, es decir, en una etapa posdictatorial y en la que el autor parece posicionarse en una reinterpretación del pasado pensando en los lectores de las nuevas generaciones, al dejar librada a su intervención la interpretación de asociaciones e inferencias, la asignación de referencias, para reconstruir los imaginarios sociales e identitarios surgidos en la década del 70.

Las condiciones de desarrollo del texto, en términos de duración y de inflexiones, encuadran a esta obra en el género de la novela corta o *nouvelle*. En este punto, coincidimos con la ubicación dada por Carlos Barbarito en el prólogo. Siguiendo a Unamuno, también podría clasificársela como *nivola*. Como los protagonistas de *Niebla*, *Amor y pedagogía* o *Abel Sánchez*, Gonzalo Mignone, el personaje central de *Para matar a un ladrón de libros*, es la encarnación de una pasión: su afición por los libros. Se trata de un espacio discursivo en tensión, el de la *nouvelle* que –como señala Guillermo Saavedra (2002)- resulta apto para que la narración experimente con los tiempos en que el flujo de la lectura convive con silencios y omisiones que no son una claudicación, sino el modo de dar cuenta de un quiebre en la linealidad de los hechos. En esta idea, se advierte el propósito de engarzar el desarrollo de los sucesos de la historia próxima, inmediatamente posteriores al golpe de estado del 76, con las historias ficticias de los personajes.

De este modo, el texto plantea a los lectores un pacto ambiguo (en términos de Lejeune, 1975), en tanto instala un compromiso de referencialidad externa a la que el texto

<sup>1</sup> La obra motivo de la reseña es una de las fuentes literarias estudiadas en el marco del Proyecto de Investigación *Memorias del pasado reciente. Actores y subjetividades en Catamarca 1970-1976*, Secretaría de Ciencia y Tecnología, UNCA.

enuncia. En otras palabras, en parte lo que se cuenta en el texto es algo acaecido realmente y, por ende, cotejable por el lector en fuentes documentales. Y, en simultáneo hay otra historia (ficticia): la del ladrón de libros. La escritura del texto oscila entre el pacto referencial y pacto novelesco en un vaivén constante.

O como señalan Altamirano y Sarlo, recuperando a Pierre Macherey (1980:130-131):

Interrogado el texto literario como se interroga el discurso producido en la situación analítica, se sabe de antemano que su “verdad” está precisamente en lo que calla, en el lapsus, en el juego de los significantes, en el revés de una trama cuyo “derecho” es un pretexto.

Los terribles y armados años 70 en la Argentina, pero contextualizados en Catamarca, son puestos en texto tomando como centro el aspecto más irrestañable de la última dictadura militar: la desaparición y tortura de personas. “*Afrontar el dolor de la memoria*” colectiva y oficial, pero también de la memoria personal y familiar son los propósitos que impulsan la escritura de *Para matar a un ladrón de libros*. Al inicio del capítulo titulado: “La huevera” leemos:

[...] salió de su casa y comenzó una larga caminata hasta el centro de la ciudad, tratando de no pensar en nada, para abrir otras puertas de la memoria” [...]. (33)

La memoria como una construcción compartida y en un constante hacerse, la memoria fragmentada por silencios, por vacíos que la escritura se propone llenar, en un vaivén que es un remecer de la memoria colectiva.

## El plan de escritura

La obra está organizada en cuatro capítulos, a saber: “El hallazgo”, “La huevera”, “La esfinge” y “El decálogo”; a su vez, los capítulos están divididos en apartados identificados con numeración corrida y suman un total de 40.

**1. El hallazgo.** El título está relacionado con la aparición fortuita, dentro de un tratado de Botánica General I, de una carta fechada en la “ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, el 14 de julio de 1890” (20), en la que se narra un robo y entre los elementos sustraídos aparece “*un inusitado y hasta remoto cartapacio*” (23). Este hallazgo acicatea aún más la natural inclinación del protagonista, Gonzalo Mignone a continuar ejerciendo su “noble oficio” de ladrón de libros. El manuscrito probaría la existencia del género policial en las letras provincianas.

El protagonista vive frente a la plaza de Villa Cubas con Tita, su abuela materna, quien ha optado por la comodidad de vivir tranquila sin preguntarse nada, y con su tío Oscar, un hombre siniestro a quien Gonzalo rechaza. Es hermano de su madre, la que es presentada mediante la voz narradora del personaje Oscar como “*una egoísta militante de izquierda en facultad*” (25). La madre de Gonzalo es la víctima tan impotente como inocente del abuso de poder. En este primer capítulo, también aparece don Adán Otero, alias “Gallo Negro”, un “colaborador” del Gobierno militar; Oscar trabaja para él como su hombre de confianza. Otros personajes son: Lucía González, “empleada” de Otero después de que este descubre el “talento” de ella para golpear a los hombres en el burdel donde la conoce; Alejandra, la bibliotecaria, “*la muy servicial guardiana de los libros*” (46) de la Biblioteca “Julio Herrera”.

---

Recensión: Cabrera, Fernando. *Para matar a un ladrón de libros*. 1ª ed.-Santa Cruz: el autor, 2010, (100 pp.)

Judith de los Angeles Moreno  
 pp. 94-100.

2. **La huevera.** Este capítulo se inicia con una escena casi cinematográfica en la que Gonzalo persigue por la peatonal Rivadavia a Leandro, un adolescente que acaba de robar la última novela de Zöe Blasco de una librería comercial. El planteo de fondo es el contrapunto entre el mercantilismo editorial y el buscador de ediciones originales y agotadas. En este capítulo, a través del diálogo entre Oscar y Lucía, se conoce que ella es la encargada de torturar a quienes “Gallo Negro” y el General Lucerna le ordenaran. El lugar donde lo hace tiene las paredes y el techo revestidos con maples de huevo, razón por la que se llama “la huevera”. Y este es el nombre que da título al capítulo, marcando así su centralidad en la trama. Además, en este capítulo, se narra un acontecimiento clave: el descubrimiento de Gonzalo de las verdaderas actividades de su tío como represor al servicio de la dictadura y su inmediata sospecha de que *“tal vez [su madre] no habría muerto por una complicación quirúrgica”* (45), como se lo había dicho su abuela. En esta línea argumental, los lectores advertimos la importancia de personajes como el propio Oscar, el represor; Adán Otero, su patrón y quien le exige *“fidelidad y discreción”* (28). Pero, sin duda, en la trama resalta el personaje de Lucía González, la muchacha que se encarga de golpear a los prisioneros para que hablen. También aquí se ubican el General Lucerna, *“los miliquitos afectados a su guardia”* (28) y los prisioneros clandestinos como *“el flaco que se la daba de gremialista en la fábrica de alpargatas”* (57).

3. **La esfinge.** En su “trabajo” en la huevera, Lucía conoce al gremialista prisionero, se enamora de él y luego lo libera. Sin embargo, la relación entre ambos no prospera debido a que él no puede renunciar a sus principios y a su lucha *“en el monte tucumano”* (71). La caracterización y el accionar de este personaje (que ni siquiera tiene nombre), por contraste, delinea a un joven dispuesto a mantenerse fiel a sus ideales. En esta línea de la historia, la que recupera los oscuros años 70, el texto da cuenta de la realización de una “fiestita” en la residencia de Gallo Negro para *“festejar el fusilamiento de unos guerrilleros en la Capilla del Rosario”* (63). En tanto, Gonzalo Mignone sigue tras la búsqueda del tan ansiado manuscrito que le permita probar que *“el verdadero padre del cuento policial argentino”* (60) era un escritor de la provincia. En este capítulo se inserta otro fragmento de las memorias (¿crónica?) firmadas por Gustavo Alcázar, que es leído con fascinación por Gonzalo. Concluida la lectura, el narrador apunta: *“... no sabía si la rúbrica final del texto develaba el nombre completo del solitario detective amateur o- en el caso de estar ante una historia ficticia- un ignoto literato del pasado catamarqueño”* (62). El nombre de este capítulo está vinculado con la tragedia edípica y con la creación del suspenso de la búsqueda de Gonzalo por desentrañar el enigma del manuscrito.

4. **El decálogo.** En este último capítulo, Gonzalo Mignone, instalado en la biblioteca recuerda de pronto un mecanuscrito que alguna vez le dio *“un viejo ladrón de volúmenes, el Profesor Monayar”* (75). Al encontrarlo dentro de la mochila, lo despliega y se da con el Decálogo del ladrón de libros. Después de leerlo, y pasada la exaltación inicial, cae en el desaliento de creer que nunca encontrará la revelación que tanto anhela: *“Entonces evaluó que nada he ganado, que esta investigación ha sido infructuosa”* (79). En este momento, la trama da un inesperado giro. De pronto, el personaje de la escritora Zöe Blasco se desplaza al plano central del texto. Un desconcierto para el lector, quien tiene la sensación de estar leyendo otra novela. Sin embargo, un buen día Zöe Blasco llega a San Fernando del Valle de Catamarca, huyendo por haber fingido su propia muerte. De inmediato está sentada frente al Profesor José Horacio Monayar, quien la entrevista para comprobar si ella es la indicada para ayudarlo en su tarea de encontrar *“una carpeta perteneciente a Gerardo Pérez Fuentes, un prestigioso historiador catamarqueño”* (89). El proyecto de Monayar consistía en hallar, entre el material de historiográfico atesorado por Pérez Fuentes, *“la existencia de*

Recensión: Cabrera, Fernando. *Para matar a un ladrón de libros*. 1ª ed.-Santa Cruz: el autor, 2010, (100 pp.)

Judith de los Ángeles Moreno

pp. 94-100.

un cuento policial inspirado en el primer asesinato cometido en Catamarca, en la esquina de las calles Maipú y Rojas en 1800” (89). Ya en plena tarea, en la biblioteca “Julio Herrera”, la escritora descubre a Gonzalo tras las mismas pistas que ella. Llegados a este punto el desenlace se precipita. La escena entre Oscar y Gallo Negro resulta reveladora. El final insinúa más que lo devela. El pasado abate el alma de Gonzalo; los tenebrosos episodios de dictadura militar de los 70 en la Argentina abaten la memoria histórica de los lectores.

## Narrativa y memoria

Parte de la trama, como ya adelantáramos, parodia el relato detectivesco; así *Para matar a un ladrón de libros* se convertiría en el texto paródico de *La bolsa de huesos* de Eduardo Ladislao Holmberg y *Seis problemas para Isidro Parodi* del autor ficticio, Honorio Bustos Domecq, los textos parodiados. (25). En esta línea, el título, como elemento verbal del paratexto, ya es una clave interpretativa que orienta la trayectoria de la lectura, como sostiene Umberto Eco (1986:10). Centros de consulta y estudio, repositorios bibliográficos y hemerográficos tradicionales de la Ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, como la Biblioteca “Julio Herrera” o la Biblioteca “Presbítero Ramón Rosa Olmos” son los lugares escogidos por Gonzalo Mignone para ejercer su “refinado oficio” de ladrón de libros. La segunda, la biblioteca Olmos, es el escenario estratégico para los episodios narrados en el segundo capítulo.

La *nouvelle* de Cabrera bien puede pensarse o leerse como una interpelación explícita a las pautas culturales y, más ajustadamente, al canon literario de las letras provincianas. En esta línea el texto está construido desde una marcada inquietud por la materia literaria que trabaja. La obra reclama para sí un espacio propio. Los asuntos que se cuentan y el discurso que los narra permean o erosionan lugares escriturarios tradicionalmente definidos. Novedad, entonces, en el formato y en el contenido. Desenfado en el lenguaje, predominantemente coloquial y sin tapujos, cuando la trama entra en contacto con personajes como Lucía, Oscar o “Gallo Negro”, en otra de las líneas narrativas.

¿Cuáles son, entonces, las historias que se cuentan? Una es la de Gonzalo Mignone. Ponderable resulta la construcción de este personaje. Se trata de un sujeto atormentado y, a la par, poseído por los impulsos o pasiones como: alivio, espera, desesperación, desazón, odio (al tío). Pero, sin duda, la que prevalece en tan compleja personalidad es lo que Parret, en su *Semiótica de las pasiones*<sup>2</sup> (*apud* Mosejko de Costa, 1994: 23), denomina “pasiones entusiásticas”. Entre ellas, sin duda, la que lo caracteriza es su afición por los libros, por los manuscritos, por los incunables, como señala Barbarito:

En esta *nouvelle*, aparece un personaje tan esteta como maníaco, que no vacila en hurtar, con delicadeza los libros que le placen, imagino que a alguno de ellos podría comprarlos en una librería o en una feria de raros y agotados, pero no sería lo mismo, el placer está, para él, tanto en el objeto en sí mismo como en la manera de apropiárselo.

2 Mosejko de Costa apunta que Parret distingue tres clases de pasiones y, entre ellas, las entusiásticas que presuponen un recorrido modal (querer, deber, deber ser, poder) y en las que intervienen las metamodalizaciones.

Recensión: Cabrera, Fernando. *Para matar a un ladrón de libros*. 1ª ed.-Santa Cruz: el autor, 2010, (100 pp.)

Judith de los Angeles Moreno

pp. 94-100.

Enviado: 22.abr.2019. Aprobado: 20.jul.2019

En verdad, Gonzalo Mignone actúa impulsado por la pasión que él denomina “su oficio” o “su secreto rubro” (34); lo mueve el entusiasmo por dar con el manuscrito que probaría que las letras provincianas han experimentado el género detectivesco antes que el precedente por todos conocidos.

De improviso, se corta el hilo del manuscrito. La palabra “cartapacio” (23) resuena nítida en los lectores alertas, quienes –indefectiblemente– se van al Primer Quijote, al inicio del capítulo IX, al encuentro en Toledo de un cartapacio escrito en caracteres arábigos por un tal Cide Hamete Benengeli. Esta sola pieza léxica da pie para husmear en las lecturas del novel escritor Fernando Cabrera.

Por esta cuerda de la historia, la *nouvelle* de Fernando Cabrera posibilita la emergencia de nuevos contenidos en la escritura de ficción, en Catamarca. De nuevos contenidos y de las significaciones sociales que ha ido construyendo la memoria histórica de Argentina, en las últimas décadas. A través de la minucia, mucho más que de hechos espectaculares, se levanta, en escenas cuidadosamente urdidas desde el formato del diálogo, el velo de la historia oficial para mostrar el lado más oscuro de lo ocurrido.

Puros entes de ficción y otros con carnadura real, como el Prof. José Horacio Monayar, en un cruce incitador. En su búsqueda de pistas que lo ayuden (¡por fin!), a encontrar el manuscrito o cartapacio, objeto de sus desvelos, Gonzalo, encerrado en su habitación, lee con fruición otro fragmento de la crónica hallada dentro del tomo de Botánica. De pronto, recuerda lo que le sucedió hace dos años atrás, en la Biblioteca Presbítero “Ramón Rosa Olmos”; precisamente allí, mientras él intentaba robar algún libro, “*un anciano de profundos ojos azules*” se acerca a hablarlo y le dice:

- yo sé muy bien a qué te dedicás- y Gonzalo palideció hasta el tuétano de saberse descubierto.

- Pero quédate tranquilo porque yo no soy ningún alcahuete-le dijo el longevo-. Me llamo Horacio ...Horacio Monayar. Seguro habrás escuchado hablar de mí. Soy profesor de literatura. (50)

El personaje de Monayar ingresa en la ficción para acicatear aún más la misión casi imposible en la que se encuentra el “biblotecocleptómano”. Después de recordar la escena, Gonzalo ata los cabos y entiende que el bibliorato que tiene en sus manos es la carpeta en la que “*el legendario historiador catamarqueño Gerardo Pérez Fuentes*” (52) guardaba valiosas anotaciones y documentación histórica. Monayar, antes de despedirse le entrega “*un amarillento papel tamaño oficio, mecanografiado a una carilla*” (53) y cuyo contenido se nos revela, recién, al comienzo de la 4ta. y última parte.

Todavía nos gustaría añadir un par de comentarios más. El lenguaje también alcanza tonos paródicos. ¿Uso irónico de los latinismos? Algunos ejemplos: “modus operandi” (40); “in fraganti”, (76); “*allí, se detuvo unos segundos y, mirando el turbio lecho del delta, llegó a sospechar un hechizo inmanente a ese locus amoenus*” (84). “*No obstante las esperanzas de escucharla hablar motu proprio acerca de todas sus congojas, sobrevoló en vano [...]*” (94) Latinismos poco usuales (al menos en el lenguaje conversacional oral) como *vindicar* (25), *urbe* (25) o *latrocinio* (33); o un grecismo como: *cleptómano*; al igual que creaciones de nueva formación como el compuesto: *biblotecocleptómano* (77) o la palabra *mecanuscrito* (75) formada a partir de la preexistente: manuscrito, a través de este trabajo con el léxico también es posible percibir la búsqueda (otra más) de las posibilidades literarias de la lengua.

La intención tan reiterada de querer que algo suceda para que la cultura literaria de Catamarca alcance sofisticación ¿puede verse como un rasgo escriturario posmoderno que

---

Recensión: Cabrera, Fernando. *Para matar a un ladrón de libros*. 1ª ed.-Santa Cruz: el autor, 2010, (100 pp.)

Judith de los Ángeles Moreno  
 pp. 94-100.

conlleva la finalidad de irritar o molestar al público lector o a los lectores seleccionados, es decir, los agentes culturales de Catamarca? En este sentido, el siguiente pasaje es elocuente:

Anhelo que Catamarca sea más misteriosa. Deseo que esta ciudad posea incertidumbre. Ambiciono que se trate de un texto real. Ansío que el autor haya existido. Solo así esta urbe sería otra cosa. Algo menos trivial. Algo más pintoresco y no solo eso. El epítome literario local se sofisticaría. En sus entrañas no bulliría exclusivamente el telurismo. Tendría género policial. Holmberg y Bustos Domecq ya no serían los únicos pioneros argentinos en el tema. (p.25)

Con esta *nouvelle* su autor deja de lado el requerimiento de “mostrar la realidad” o que el texto sea reflejo directo de ella y, en cambio alienta, el despliegue de la imaginación de un mundo ficcional -el de la búsqueda de Gonzalo Mignone- no constreñido por la verosimilitud. Por este atajo, el texto seduce por el atrapante juego que desacomoda las presuntas certezas acerca de una literatura local necesariamente signada por un colorido realismo folk. Frente a esto, el texto se ocupa de instalar una ficción de otro estatuto – metaliteratura- dentro del propio discurso ficcional. Esta práctica se configura a través de procedimientos como : observaciones sobre la literatura local (48); la incorporación de otros géneros discursivos dentro del texto, como la carta fechada el 14 de julio de 1890, trazada con “una caligrafía fraguada con pluma” (20) en una página en sepia; la continuación de la aparente crónica detectivesca, encontrada en el Tratado de Botánica II, en la Biblioteca “Ramón Rosa Olmos”; el artículo científico sobre la lectura electrónica; el decálogo del ladrón de libros; la parodia del género que socava códigos como los del relato detectivesco, por ejemplo. E incluso las remisiones a la tragedia edípica.

De entre estas diferentes configuraciones discursivas, la que adquiere un peso específico en la trama es, precisamente, el “Decálogo del ladrón de libros” porque, después de leerlo, Gonzalo Mignone experimenta un intenso goce al sentirse identificado con el texto, pero ante todo, el hallazgo es determinante porque:

Por primera vez viví un total sincretismo. Entre mi espíritu y un texto ¡Un texto de un autor catamarqueño! Me sentí insulso. Advenedizo. Absurdo. ¿Dónde estuve todo este tiempo? ¿Qué estuve haciendo con mi vida? ¿Con mi oficio? Puedo responder a estas lacerantes preguntas. Estuve en Catamarca. Ejerciendo el robo de libros. Buscando detectives. Entre sonámbulo y utópico. Para sofisticar nuestra literatura. Pero ya la sofisticación estaba. Este decálogo lo comprueba (pp.76 y 77).

Fernando Cabrera parece haber tenido muy en cuenta la advertencia del impar Julio Cortázar al catedrático Dr. Lastra (en *Último round*) “para tomar la palabra hay que estar bien seguro de poder sujetarla”, a lo que podríamos agregar que el oficio de un escritor –o de un escritor, que es como a él, a Fernando Cabrera le gusta autodenominarse- el oficio es, entonces, justamente ese: su perpetua y trabajosa lidia con el lenguaje. Y, al mismo tiempo, su compromiso con la tarea como agente cultural que echa por tierra la concepción tradicional de la literatura como “vehículo de solaz artístico y de cultura desarraigada” (Cortázar, 1987:49-50).

En este sentido, *Para matar a un ladrón de libros* se recorta sobre el horizonte de una tradición cultural y de un sistema literario, ambos entendidos como constitutivos de un campo intelectual, según el concepto de Pierre Bourdieu, que predeterminan lo que es posible escribir. La obra que reseñamos opera desde una actitud de ruptura u oposición a la norma estética aceptada en términos de convención (cf. Altamirano y Sarlo, 1980:21-22). La *nouvelle* que Fernando Cabrera ha lanzado al ruedo de la escritura literaria de

---

Recensión: Cabrera, Fernando. *Para matar a un ladrón de libros*. 1ª ed.-Santa Cruz: el autor, 2010, (100 pp.)

Judith de los Angeles Moreno  
 pp. 94-100.

ficción en Catamarca levantará, sin dudas, polvareda o como señala uno de los narradores, “una batahola de comentarios”.

Estas escrituras requieren, a su vez, de un lector alerta y comprometido para quien la literatura es parte de la vida y no del ocio, parte de la historia y de la política, como también la escritura es un modo de representar la memoria. Es en esta dialéctica autor-lector donde está la clave.

Al comienzo de esta reseña hablábamos de las características escriturarias de esta *nouvelle*. En efecto, *Para matar a un ladrón de libros* es una obra compuesta por fragmentos, pero cuya unidad de fondo es celosamente conservada.

Algunos acontecimientos reclamaban ser escritos en el devenir de la literatura en Catamarca. Ahora, además, a partir de la publicación de *Para matar a un ladrón de libros*, estos sucesos están guardados en la memoria de la letra.

## Referencias bibliográficas

Altamirano, C.; Sarlo, B. (1980) *Conceptos de sociología literaria*. Buenos Aires: CEAL.

Arán, P. [et al.](Dirección y coordinación) (2010). *Interpelaciones. Hacia una teoría crítica de las escrituras sobre la dictadura y la memoria*. 1ª. ed. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.

Cortázar, J. (1969) *Último round*. México: Siglo XXI.

Cortázar, J. (1987) “Carta abierta a Pablo Neruda”. *Cuadernos de Marcha; Julio Cortázar al término del polvo y el sudor*, Montevideo: Biblioteca de Marcha.

De Cervantes Saavedra, M. (1984) *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha I*. Chile: Editorial Castalia.

Eco, U. (1986) Apostillas a “*El nombre de la rosa*”, Buenos Aires, Lumen- De la Flor.

Lejeune, Ph. (1975). *El pacto autobiográfico*. En Loureiro, A.G. “La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental”. Suplementos Anthopos, 29- pp.47-61.

Llurba, A. (2010). “*Punctum* de Martín Gambarotta: la poética de la punzada”. En Arán, P. [et al.], pp. 255-266.

Mosejko de Costa, D. (1994), en “El saber semiótico como proceso”, Buenos Aires, Edicial S.A.

Saavedra, G. El pasado que no cesa. Recensión a *Ni muerto has perdido tu nombre* de Luis Gusmán, en La Nación, 03-11-2002, Suplemento Cultura.